

colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

*No por mucho madrugar
se redacta más temprano*

PABLO ESPINOSA





UMBRAI



Los poetas que se han atrevido han dicho que asumen el riesgo de recoger y vivir lo más profundamente posible la intensidad de la vida y sus misterios. Yo no aspiro a tanto, aunque anhelo la poesía.

Los textos que siguen persiguen el espíritu del divertimento, forma musical que ideó Mozart y quien más que nadie condensa e identifica al niño que somos epidermis hacia adentro.

Textos ideados y formados en la redacción de un periódico, por tanto hechos para y en un momento determinado, atendiendo a la premura y presión de elaborar un material volátil, flor de un día (¿y para qué leer/ el periódico de ayer?).

Sin embargo, creo en la posibilidad de una literatura periodística, y a este linaje pertenecen estos escritos y es esta la razón del atrevimiento de cosecharlos para el formato libro.

Pareciera retahíla de retratos de conciertos, pero no se trata sólo de conciertos: son episodios, cosas que acontecen a diario en nuestras vidas y que de pronto podemos dejar de ver sin descargo de impaciencia y de cordura.

Episodios de lo que uno puede vivir en cualquier parte donde perviva la pulsión de la vida, de la pasión.

Y al intentar describirlos, escribirlos, me río, intento la ironía, no la logro, me burlo de mí mismo, me enredo entre palabras. Palabras, palabras, palabras, signos de una nítida, apasionada



mirada hacia la vida. ¿Cómo justificarme correctamente ante tantos arrebatos?

Pero bueno, helos aquí, sin más remedio. (Todas estas crónicas fueron escritas y publicadas en el periódico La Jornada, que ha sido mi casa todos estos años).

Pablo Espinosa Becerra, agosto 1993



**LA PANZA DE UN
PAVAROTTI**



Grita, gime, da saltitos elegante dama:

—¡Luchiano, Luchiano, caro carísimo, papacito, tu panza, tu panza Luchiano!.

—Te lo compro, vieja, te lo compro, atina a decir su marido cómplice en el carísimo entusiasmo.

El terciopelo, el medio pelo y la pelusa. Delirio, frenesí, intoxicación de entusiasmo. La ópera como estímulo pavloviano de los *media*. Entre 12 y 14 mil ricos, medios ricos y esforzados compradores de boletos de entrada entre 750 mil y 175 mil morlacos arrollando, lagrimeando, moqueando, aplaudiendo, ovacionando, exultando, enloqueciendo de emoción y enfebreciendo con una voz inmensa en un local inmenso en la ciudad más inmensa del planeta. Luciano Pavarotti en concierto.

Palacio de los Deportes la noche del miércoles 28 de noviembre. Cuellos de botella, las rutas viales de acceso están atiborradas de la democracia de los autos hasta que sus ocupantes componen la figura luego de pagar los primeros 50 mil pesos (después habrían de pagar, ilusos porque el boleto daba derecho a tal, 20 mil más por el "programa oficial") al *tira* habilitado como acomodador. Y luego la hecatombe que inicia con un desconcierto generalizado porque esta inmensidad de gimnasio da amnesia: ¿dónde queda la puerta dos, perdone, joven? y nadie encuentra la puerta de entrada que le corresponde —así ya haya desembolsado una for-



tunita— en este inmenso queso gruyere. Son tantos los hoyos por donde colarse que nadie atina al suyo y todo es desorden y desorganización de edecanes y edecanos y ya son más de las ocho y esto no comienza porque dicen que viene el presidente pero en realidad es porque aún hay largas, interminables colas por entrar en busca de su ahujero hasta que por fin la cara de angustia que atropella y da codazos y le grita, qué se cree, pobre-tón, al guarura que qué le pasa, que ella ha estado en Europa “y-en-otras-partes-del-Mundo” (y le embarra en la cara la sonoridad mundana de la palabra Mundo) y nunca le habían hecho tal grosería de decirle por favor distinguida señora no puede pasar porque esta no es su puerta de acceso y bueno por fin el rictus de impaciencia se convierte en expresión de ya chingamos ya podremos contar que estuvimos *con* Pavarotti y el lugar común nunca debe morir porque aquí se renueva: cuáles pieles y perfumes y cortes exclusivos y demás atributos en líneas ágata tantas veces registrados: aquí la palabra distinción toma sentido en un moderno desfile de modas, como para que las planas de sociales se den un quemón: a ver, quién trae el celular más chingón. Y los había delgaditos en la mano enguantada, gordotes en el bolso de la señora, alargados sobresaliendo (adiós pañuelos en forma de flor) del saco del señor, con antenita o con antenota, con foquitos rojos o con intermitentes, ruidosones o discretos.

—Bueno sí, habla la señora de Ramírez.

—Ay, hola, qué bueno que nos llamas, estamos aquí *con* Pavarotti.

Y la señora le pasa el auricular a su marido, satisfecha de haber situado la conversación en este sitio igual que si estuviera en la sala de su comadre la Chachis. Y es el reino del teléfono celular, propiedad privada de la celulitis dispuesta a salir en celuloide porque, vieja, esto es his-tó-ri-co y habrían de hacer de esto una película porque los mexicanos ya les ganamos a los de la



oránch aquella y las pirámides de Egipto y todos los conciertos famosos que nos pongan enfrente, porque como nosotros, culto y noble público mexicano, ninguno.

Y así como entre el sillerío se oían las voces al otro lado de la línea —inalámbrica, pero *but of course*— y brillaban los foquitos rojos de los celulares, cundía la cultísima, la inescrutable sapiencia operística de los asistentes: no había cantado ni la primera aria, anunciada estrictamente en el programa de pier-na, Pavarotti y ya la petición volaba desde todos los puntos de este pequeño planetario: ¡O sole mío! (¿me podría complacer con una canción? dicen que es frase naca. Pero aquí no hablamos de tal, hablamos, señores, de ó-pe-ra).

—¡Oh sole mío, Luchiano, *per favore!*

—Déjalo, viejito, el divo que cante lo que quiera.

Luciano Pavarotti desde las alturas del Palacio de los Deportes: aquí es lo más barato, 175 mil per *caspita* (caspa chiquita). Y a lo lejos se ve la orquesta como de juguete y, vaya, venturosamente han ya apagado las luces como para que no se vean los inmensos huecos de los lugares no vendidos (afuera era el remate: los de 175 a 75, los de 400 a 200, los demás se agotaron) y sale un coro de infantes y ejecuta una rolita alusiva y, por fortuna, deciden que la *tuna* femenina mejor no cante su rollito que tanto le gustó a don Pava por la tarde y se la trajo de invitada y por fin aparece el concertino y lo confunden con algún embajador porque le aplauden como loquitos y ya entra por fin el director de orquesta Leone Magiera y alza y baja la batuta y suena la obertura a *Don Pasquale* y la reproducción de sonido supertecnologizada y perfecta que ofrecían los primermundistas suena peor que el primer tocadiscos que posee en su vida todo melómano proletario, porque aquí, en las alturas, llega un rebote pastoso, estropeado, eso sí, de violas desafinadas y metales demolidos. Ah pero finalmente: una mole enfundada en smoking se mueve pesada y



trabajosamente desde el fondo y llega al podio y esto es enloquecer en masa: inicia el delirio.

Pava abre los brazos, lanza las palmas hacia las alturas como para echarse un clavado de alto grado de dificultad o de a muer-tito hacia el mar de testas que lo aclama, toma aire del humidifi-cador que todo el tiempo le funge de incensario a sus pies, abre los labios y lo que sale termina de enloquecer a esta masa *cultí-sima* y de alto poder adquisitivo. Hasta arribota suena clara la voz del gran P (como lo bautizó su madrina, la excelsa soprano Joan Sutherland) pero la desorganización cunde todavía y lo que se oye se oye por debajo de discusiones agrias por la butaca y por los mohínes y retobos de las ricas y los ricos porque, aich, cómo que tenemos que estar hasta aquí arribota, tras las alambradas estas tan feas, siquiera les hubieran puesto una pintadita de rosa mexicano. Eleganteces encima de cemento, sucias butacas.

Mejor emigrar al primer piso, al pie del proscenio: Pavarotti a un palmo de narices: aquí abajito del cetáceo se oye perfecto. Pues cómo no, inmensas bocinas penden de poleas en las alturas de esta inmensa chiche abollada pero habilitada para la ocasión. Campechanea don Pava sus famosas arias con numeritos or-questales e intervenciones solistas de Andrea Griminelli a la flau-ta. Aquí abajo casi no hay chusma, pero todos están de vena, hasta te ofrecen, como esta dama emocionada, sus poderosísimos bi-noculares para ver hasta el último vello del dorso de la mano iz-quierda del gordo Pavarotti, a unos pasos de distancia (y pensar que los de arriba no compraron ni los binoculares que de a cinco varos para que no los ande pagando a su precio comercial les ofrecían allá afuerita) y el oso, el gran peñasco, el cetáceo que canta aparece y desaparece salvado del podio y del público que le grita linduras y le pide, ahora, *torna Sorrento, Luchiano, per cari-dá*, y no lo deja ir así nomás sin dejarlo terminar su ariecita (un par de minutos de canto, sin el mínimo esfuerzo, le bastaban



para enardecer a estos temporales chicheanos, habitantes oportunos de esta enorme chiche metálica) sus numeritos de probadísima eficacia. Y el tránsito hacia la oscuridad y el reposo lo hace a través de un cortinaje negro que rasga de un zarpazo y que, visto ya de cerca, es idéntico al cortinaje que hace casita por donde entran y salen los egregios inmortales artistas de circo, en los circos. Aquí es ópera, señores.

Transcurre el concierto. Don Pava de pronto parece medio aburridón ya de alzar los brazos, ensayar el clavado y voltear de súbito hacia la parte trasera, donde se ha concentrado una masa intensa e interminable que en cuanto tiene de frente a este marsupial canoro brama, ruge, tremola, se incendia, grita como nunca se ha gritado ni en el estadio Azteca. Esta masa está cabrona. En los conciertos de rock el lugar común es decir están *prendidos*. Cuál, esto era un pandemonium de pandemonia: sueñan los primeros acordes de la furtiva lágrima, del payaso, de los numeritos ora sí que los que salen en la tele, y las señoras sueltan aparatosos y ruidosísimos suspiros y los señores se mesan los cabellos (canos, en su mayoría) y, en el colmo del delirio, muchas señoras sueltan lágrimas que secan con delicadas sedas y luego no sólo eso sino que sueltan el moco y lloran a lágrima viva y a moco tendido como bandido y se golpean los muslos y casi se arrancan el copete que tanto les costó fijarse con hartos gel y todos, elegantas y elegantos, gritan, qué digo gritan, mugen, estallan en berridos de bisontes lujuriosos. Y en esto Luciano Pavarotti se transfigura: abre, ahora sí, la voz, la levanta, la levanta, la levanta, y ya en las alturas más inenarrables, latiguea, suelta el dulce, ardiente pathos, deposita una voz fuera de serie más lejos de donde flota la estación espacial Mig de los soviéticos y de las huellas lunares de los del Apolo XI de los gringos, de los soponcios y ronqueras de una masa agradecida, satisfecha, multiorgásmica.



Ha terminado el concierto, vayamos al camerino: Luchiano Pavarotti tras un ejército de guaruras: para traspasar, simple mortal, esta serie de vallas y obstáculos guaruriles (como las pruebas de Parsifal) todo es cuestión de poner cara de importante, decir compermiso y llegar a la puerta del camerino de donde emerge el cetáceo y se monta, debidamente vestido de divo, en un carrito eléctrico de esos de golf y a su derecha una belleza, esbelta, rubia, minifalda negra, rutilante juventud, y atrás, como posando para *Hola*, su empresario Tibor Rudas, satisfecho de un espléndido bísnes en tierras mexicanas.

—Jonc jonc jonc, foquea con la sua noche don Pava desde el volante de su carrito como haciendo pip pip va el golpe y maneja su juguetito y transborda, a escasos 12 metros en un Lincoln negro que lo hace difuminarse, con su inmensa humanidad su inmensa voz, en otra de las noches mexicanas.

Ah que don Pava tan chingón.

Palacio de los Deportes, 27 de noviembre 1990



Una larga lista de héroes famosos y una pléyade de protagonistas anónimos de la cultura metropolitana desfilan en esta recolección de crónicas de la vida cultural, manufacturadas en la sala de redacción del periódico *La Jornada*: Luciano Pavarotti entona un do de pecho mientras Bob Dylan le contesta con la respuesta que está en el viento y Rudolf Nureyev desanda los andamios y pasajes secretos del aire y los cómicos alburan desde el Teatro Blanquita y las reminiscencias del arte carpero y Woody Allen toca el clarinete en tanto Keith Jarrett el piano y Merce Cunningham también danza y los maestros del dancing ilustran la duela de los salones de baile y U2 y Wim Mertens y Paul McCartney y Madonna y Cecil Taylor y Astor Piazzolla levantan apoteosis implosivas en el transcurso de acontecimientos escénicos, musicales, callejeros ♦ Pablo Espinosa (Córdoba, Veracruz, 1956) es autor del libro *Si me han de matar mañana lo redacto de una vez* (Editorial Leega-INBA) por el que le fue otorgado el Premio Bellas Artes de Literatura en 1986. Dos años después recibió el Premio Sinaloa de Periodismo Cultural; textos suyos han sido recogidos en los libros *Escenarios de dos mundos* (editado por el Ministerio de Cultura de España) y *El fin de la nostalgia. Nueva crónica de la ciudad de México* (editorial Nueva Imagen, prólogo de Carlos Monsiváis) ♦ El autor insiste: si lo han de leer mañana lo redacta de una vez, aunque no por mucho madrugar se redacta más temprano.

